Impide tú que Sara esté presente, pues no hay razón para que en su retina hayan de registrarse imágenes tristes. Sí, Andrés, a ti me confiaré. Fingiré que participo de ese miedo vuestro por mi vida y te encomendaré así la felicidad de Sara, que ha de empezar negando a sus dulces ojos mi cuerpo a medio gas. Se que te enorgullecerás de ser mi confidente, aunque siempre te transmito mensajes incompletos y tú sólo imaginas y respetas, pero nunca comprendes. Se que te cuesta descifrarme y que por ello me veneras como a profeta o como a dios. Tampoco esta vez declinaré ante ti, ni me transmutaré en diosecillo menor de panteón, travieso, dócil y sentimental. Por eso jamás te hablaré de Soledad: pese a mis esfuerzos concluirías que fue una hermosa aventura, y nada más falso.

Claro, Sara, claro que he llegado a preguntarme qué ocurrirá si muero. Mucho sufrirás pero sabrás sobreponerte. Andrés, ya soy aún la verdad y la verdad no muere nunca: muda sus ropajes, pierde la carne y se torna recuerdo, o acaso se encarna en otra persona, en otro hombre, que vendrá a ocupar el vacío que yo dejé. No, la verdad no muere salvo que ella misma se suicide. Sólo si Sara descubre lo que oculto perderá su verdad, me perderá a mí. No, no me asusta morir, a menos que mi herencia hayan de ser unos balbuceos delatores que condenen a Sara a vivir en el tormento, en la nada llevadera sospecha de una verdad esfumada. ¡Ay, Andrés!, tú quieres que vaya relajado al quirófano. Sin embargo, he de extremar las precauciones, ahora que, en la eternidad de la espera, la fiebre parece galopar por mis sienes y la niebla amenaza mi vista. Ya no discierno con nitidez a quienes merodean por esta habitación. Malditas píldoras que quieren un indefenso prematuro. ¿Quién entra?, ¿quién sale?, esta mano es tuya, ¿verdad, Sara?. Sara, mi amor, dime que aún soy discreto, que no suenan en alta voz los que pretendo mis pensamientos. Sara, mi niña, que ya no soy centinela de mi vida y de mis sueños. No te tiznes, amor, con mis desvaríos, sospecho que comienzo a no ser yo. ¡Sara!. Mis sueños no...

Una enfermera con indumentaria de quirófano empuja una silla de ruedas hasta los pies de la cama. Sara besa con emoción y solicita permiso para acompañarle hasta el quirófano. Con el pelo disimulado bajo el gorro de plástico verde, la cabeza de la sanitaria asiente. Mientras avanzan por el pasillo, camino del ascensor, Sara se compadece de verle palidecer de aquel modo. Un silencio une y desata a los tres. Sara, respetuoso tributo al reclamo sordo de la muerte. El hombre, calculador, silencio prematuro en una pesadilla anticipada a sus predicciones. Severo ensimismamiento va a ser preciso, que ya su cabeza se desmanda en atroces desvaríos, presentándole escoltado por las dos mujeres que ama. No abrir los labios, no musitar una palabra, un nombre, no rebasar los límites del sueño. No traicionarme, no venderme. Dos figuras difuminadas vagan en torno a él por esa tierra de nadie en que ambas son modeladas de realidad y sopor. Pero yo puedo, yo sé contenerlas aisladas, así, una a cada lado, una a mi izquierda y la otra a mi derecha. Quizás en este momento manipulan mi corazón los cirujanos, o tal vez ya han concluído. No he sentido nada. Ellos afanados en sus filigranas y yo ajeno a su quehacer, empeñado en mis sueños, que esta vez son trampas. Hacerme creer que estoy entrando en el quirófano, ahora que todo ha acabado, para que yo me delate y revele mi confusión al ver en torno a mí a estas dos mujeres. Pero no, yo sé bien cuál puedo acariciar al despertar reclamando su nombre. En cambio tú, mujer anónima, sólo moras aquí, en mi sueño. Ven, acércate, dama innombrable, deja que

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Cardo de bronce, El. #20, 12/1993.